

esta Señora, antes que los sarracenos y los turcos se apoderasen de aquellas vastas provincias, eran innumerables. Son sin número las que se veneran en el Occidente, cuya antigüedad no solo compite, sino que escede á las de los mártires y de los apóstoles. Fuera de las muchas que se ven en toda Italia, casi todas las catedrales de España, cuyas antigüedades eclesiásticas tienen su origen en la cuna misma de la religion, adoran por su titular á la Reina de los ángeles. En Francia pasan de cuarenta las matríces, y son ocho las metrópolis consagradas á la misma soberana Reina, entre las cuales la de París y la de Puy ceden á pocas en antigüedad. En Alemania, en los Países-Bajos, en Sicilia, en Inglaterra, en Polonia, en Dinamarca y en Suecia, aun el día de hoy se registran frecuentes monumentos, ilustres memorias de la antigua devocion de aquellos pueblos á la Madre de Dios, sin que la guerra que la declaró siempre la herejía, hubiese podido borrar del todo aquellos brillantes testimonios que acreditan la piedad de los verdaderos fieles. Pero como entre todas las iglesias dedicadas en su honor, ninguna hay mas sobresaliente que la de nuestra Señora de las Nieves, así por haber merecido su singular eleccion como por el milagro que canonizó en cierto modo su fundacion y fábrica; todos los años se celebra la memoria y la fiesta de su dedicacion en este día 5 de agosto, así como en el día 9 de noviembre se celebra la dedicacion de la basílica del Salvador.

Está tan autorizada en la Iglesia la devocion con la santísima Virgen, que todo verdadero católico reconoce su utilidad y su grandísima importancia, considerándose todos obligados á profesar humildes y finos siervos de la Reina de los cielos. En este punto van conformes la Iglesia griega y latina, sin que tocasen en él las divisiones del cisma. Tanto en Oriente como en Occidente se hacen oraciones públicas á la Virgen, se celebran fiestas en su honor, se dedican templos á Dios bajo de su nombre, se exponen sus imágenes en los altares, se la invoca sin cesar en el oficio divino y en el santo sacrificio de la misa. No hay mayor prueba de esta verdad que la conformidad de los griegos con nosotros, bien considerada la genial y la vehemente inclinacion que tienen á desviarse de nuestros ritos y de nuestros dogmas. Unos y otros recibimos esta doctrina de nuestros padres, por la constante tradicion de todos los siglos, derivada desde los apóstoles hasta nosotros. En cuanto á la devocion con la santísima Virgen, los griegos de nuestros tiempos siguen las mismas opiniones que siguieron S. Atanasio, S. Crisóstomo y S. Cirilo. De la misma manera nos la comunicó S. Bernardo, habiéndola re-

cibido de S. Ambrosio, S. Jerónimo, S. Agustin, y de los primeros padres de la Iglesia latina. Aunque no tuviéramos otra prueba, dice este siervo de Maria, de que esta tradicion viene derivada de los apóstoles, que la mucha fuerza que ya tenia cuando se celebró este concilio Efesino, ¿quién podria racionalmente dudar de ella? Aquella unánime conspiracion de los sabios, del pueblo, de los santos, de la cabeza visible de la Iglesia, de todos los obispos católicos, que no pudieron desvanecer todos los artificios ni toda la conjuracion del partido Nestoriano; aquel ardor de todos los ortodoxos, no solo en orden á defender el dogma particular de que trataba, sino en exaltar mas y mas las grandezas y escelencias de la Virgen, cuanto el error y la malignidad mas se empeñaban en abatirlas; en pronunciar cada dia mas frecuentes panegíricos, y en edificarla nuevos templos hasta en la misma capital del imperio; todo ese vivo, eficaz, ardiente y universalísimo zelo, ¿qué otro fundamento podia tener sino el de la establecida y permanente tradicion? ¿ni cómo la pudiéramos ya poner en duda, aunque ignoráramos los canales por donde se derivó hasta nosotros? *Devotum illi esse*, dice S. Juan Damasceno (*Orat. de Assumpt.*), *est arma quædam habere, quæ Deus iis dat, quos vult salvos fieri*. Profesaros, ó bienaventurada Virgen, una particular y tierna devocion, es tener ya ciertas armas defensivas, que solo ciñe y comunica Dios á sus predestinados. ¿Qué seria de nosotros, esclama S. German, obispo de Constantinopla, si nos desampararas tú, ó santísima Madre de Dios, alma y vida de todos los cristianos! (*Serm. de Virg.*) *Si tu nos deserueris, quidnam de nobis fieret, ò sanctissima Deipara, spiritus et vita christianorum!* Dedicuémonos inseparablemente al servicio de esta soberana Reina, dice el venerable Beda, que jamás abandona á los que despues de Dios colocan en ella toda su confianza: *Serviamus semper tali reginæ Mariæ, quæ non derelinquit sperantes in se.*

LAS SANTAS AFRA, HILARIA, DIGNA, EUNOMIA Y EUTROPPIA, Y LOS SANTOS DIONISIO, LLAMADO TAMBIEN ZOZIMO, Y AFRO, DISCÍPULOS DE SAN NARCISO OBISPO DE GERONA.

EN la vida de S. Narciso obispo de Gerona, honrado en Augsburg como apóstol del país, que se lee en las del día 18 de marzo, hablando de su llegada á aquella ciudad, dijimos ya como acertando á entrar el santo obispo con su diacono en casa de

una mujer ramera llamada Afra, sin saber su mala vida, con su ejemplo y doctrina la convirtió y bautizó á la fe de Jesucristo con Hilaria su madre, y tres mujeres que con ella estaban, á saber, Digna, Eunomia y Eutropia, y con sus tíos Dionisio, llamado tambien por algunos Zozimo, y Afro. Refiriéndonos pues á dicha vida por lo que respecta á la historia de la conversión de estas gloriosas Santas, nos cumple ahora tan solo referir la de su admirable martirio, y fué del modo siguiente.

Siguiendo en Augsburgo (entonces Augusta) la persecucion contra los cristianos, en la Recia prendieron los aparitores á Afra, muy conocida por haber sido célebre prostituta. Presentada delante del juez, llamado Gayo, que la conocia muy bien, la dijo: «Sacrifica á los dioses: mejor es vivir que morir en los tormentos.» Afra respondió: «No haré lo que me dices, porque sobran ya los pecados que he cometido siendo infiel.» Replicó el juez: «Vete al Capitolio y sacrifica.» Afra repuso: «Mi Capitolio es Jesucristo, á quien tengo siempre delante de mis ojos y le confieso mis pecados, porque soy indigna de ofrecerle sacrificio alguno (*), y deseo sacrificarle mi cuerpo, recibiendo por su santo nombre martirio.—¿Acaso no eres tú una ramera? preguntó Gayo; sacrifica pues á los dioses, que el Dios de los cristianos no puede aceptar tus obras.» Respondió la Santa: «Cristo nuestro Señor ha bajado del cielo á la tierra por los pecadores, como dice el Evangelio, y nunca ha menospreciado las malas mujeres y publicanos, antes quiso comer con ellos.» Insistió el tirano: «Ofrece sacrificio, te repito, y serás querida de tus amadores como siempre lo has sido, y granjearás mucho dinero.» Repuso entonces Afra: «Nunca tomaré de aquí en adelante semejante dinero, y el que tenia ya lo he echado de mí, que como no lo podia tener con buena conciencia, vencí la resistencia de algunos hermanos míos pobres para que lo recibiesen. (**)» Volvió á insistir el juez: «En vano es que reconozcas á Jesucristo por Dios, porque una ramera no se puede decir cristiana.—Ciertamente que no merezco llamarme cristiana, respondió Afra; pero por su misericordia me tiene Dios admitida á su santa ley y nombre.» Gayo replicó diciendo: «Sacrifica á los dioses y ellos te salvarán:» respondió la Santa: «Mi Salvador es Jesus, quien es-

(*) Los pecadores en tiempo de las penitencias canónicas no podían asistir á los divinos misterios, y quedaban fuera de las puertas de la iglesia orando mientras se decía la misa.

(**) La Iglesia antiguamente ni aun para los pobres admitía las oblatones de las rameras públicas.

tando pendiente en la cruz prometió el paraíso al ladrón que le confesó.» Entonces el juez reprendiéndola exclamó: «Sacrifica ú ordeno que te azoten en presencia de tus amantes.» Afra: «Los únicos motivos de confusion y vergüenza para mí son mis pecados.—Avergonzado estoy, prosiguió el juez, de haber disputado contigo tanto tiempo: si no me obedeces morirás.—Eso es, dijo Afra, lo que yo deseo, si es que no soy indigna de acabar por Jesucristo.—Sacrifica, volvió á decir el juez, ó mando que te atormenten y luego que te quemem viva.—Padezca tormentos este cuerpo, exclamó ella, que ha pecado, que mi alma no quiero que los sufra por sacrificar á los demonios.» Entonces el juez Gayo pronunció contra Afra la sentencia siguiente: «Condenamos á la prostituta Afra, que se ha declarado cristiana, á ser quemada viva, por haber rehusado sacrificar á los dioses.»

Inmediatamente la cogieron los verdugos, y la llevaron á una isla del río Lech, en que estaba situada Augsburgo. Allí la desnudaron y la ataron á una estaca. Ella levantó los ojos al cielo, y mientras estaba orando derramando lágrimas, los verdugos dispusieron la hoguera cercado la Santa de sarmientos, y pegándoles fuego, dió Afra su espíritu al Criador sofocada con el humo.

Las tres compañeras de la santa mártir, Digna, Eunomia y Eutropia, estuvieron á las orillas del río, y presenciaron su glorioso triunfo, consumado el cual pasaron á la isla y hallaron enteró el cuerpo de Afra. Un muchacho que con ellas iba, volvió atrás y llevó la noticia de lo sucedido á Hilaria, madre de la mártir. Ésta fué por la noche con algunos santos sacerdotes, y sacaron de allí el cuerpo, que llevaron á un sepulcro que para sí y su familia habia antes erigido á dos millas de la ciudad. Estando todavía en aquel sitio Hilaria y los que la acompañaban (*), fué informado Gayo de cuanto habian ejecutado: por lo cual despachó soldados al sitio con orden de persuadir á todos á ofrecer sacrificios á los dioses, y si se excusaban á ello quemarles vivos sin ninguna consideracion. Fueron los soldados, y viendo inútiles ruegos y amenazas, llenaron las bóvedas del sepulcro de cambrones y sarmientos secos, pegaron fuego, y cerrando la puerta, se retiraron del lugar. De manera que en el mismo día que sepultaron Sta. Afra, fueron honradas con la misma corona del martirio sus santas compañeras Digna, Eunomia y Eutro-

(*) Consistían los sepulcros de las personas ricas de Augsburgo, en pequeños edificios de bastante capacidad para contener varios departamentos ó separaciones.

pia con Sta. Hilaria su madre. Segun observan Ruinart y Tille-
mont, aunque su festividad se guarda en el dia 5, el martirio
fué el 7 de agosto del año 304.

Santa Afra es honrada como patrona principal de Augsburgo,
y en ella son de admirar los sentimientos de una verdadera pen-
nitente. En cada palabra, en cada pensamiento miraba presentes
sus pecados; y persuadida á que nunca podria llorarlos lo has-
tante, nunca se acordaba de lo que habia llorado, regocijándose
en los tormentos por satisfacer de algun modo sus pasados cri-
menes.

El bienaventurado S. Afro, su tio, cuyo martirio se celebra
el dia antes de la fiesta de la dicha Santa, de creer es que fué
martirizado con mayores tormentos, á fin de que fuese ejemplo
de otros; pero con qué género de martirio haya padecido no se
sabe. El glorioso S. Dionisio, ó Zozimo como quieren algunos,
tambien tio de la misma Sta. Afra, á quien S. Narciso consagró
obispo y le dejó en Augsburgo, aunque espresamente no está es-
crito, no hay que dudar, como dice Valsero, sino que estuvo
presente á las exequias de su bendita sobrina, como sacerdote y
pontífice, y que con su hermana Sta. Hilaria y las otras márti-
res fué quemado y recibió la palma del martirio.

Pasados algunos centenares de años y siendo ya la tierra de
cristianos, aparecióse Sta. Afra en vision al bienaventurado San
Udalrico, y enseñóle el lugar donde estaba sepultada. Despues
por los años de 1064, Embrico, obispo de Augsburgo, tratando
de edificar la iglesia de dicha Santa, mandó derribar la antigua
desde los fundamentos, y halló el cuerpo de la bienaventurada
Afra en un sepulcro de mármol muy grande, donde aun hoy es
venerada. Al mismo tiempo halláronse tambien los de las bien-
aventuradas santas Digna, Eunomia y Eutropia; y aconteció
que cuando los albañiles pulian la piedra con que estaba cubier-
ta la sepultura de Sta. Eunomia salió de ella grande olor, y así
fué hallado su sagrado cuerpo. El de Sta. Eutropia hallaron en
un sepulcro de plomo. Cierta Rodolfo, pavorde de la catedral de
Augusta, envió á la iglesia de S. Felix de Gerona reliquias de las
bienaventuradas Hilaria, Digna, Eutropia, Eunomia y de Dio-
nisisio y Afro, con la historia de Sta. Afra, por haber sido todos
discipulos de S. Narciso, como consta de una escritura antigua
en pergamino y con sello que halló el Ilmo. D. Francisco Are-
valo de Suaso, obispo de Gerona, y diligentísimo en buscar co-
sas muy señaladas de Santos, especialmente de su obispado, á
quien debió Domenec, segun dice, mucho en esta historia.
(Domenec y Butler.)

*La misa es en honor de la santísima Virgen, y la oracion la si-
guiente:*

Concedenos, Señor, constan- mos libres de los presentes tra-
te y perpetua salud en el alma bajos, y gocemos algun dia de
y en el cuerpo; y que por la los consuelos eternos. Por nues-
gloriosa intercesion de la bien- tro Señor, etc.
aventurada Virgen María sea-

La Epistola es del cap. 24 del Eclesiástico.

Desde el principio y antes de garde mi reposo, y en Jeru-
los siglos fui criada, y existiré salen tuve mi palacio. Y eché
por todo el siglo futuro, y ejer- raíces en un pueblo glorioso, y
cité mi ministerio en el taber- en la porcion de mi Dios, que
náculo santo delante de él. Asi es su heredad; y mi habita-
yo tuve en Sion estabilidad, y cion fué en la plenitud de los
tambien la ciudad santa fué lu- santos.

REFLEXIONES.

*Eché raíces en el pueblo que honró Dios con su particular bene-
volencia, ó como dice el texto griego, en el pueblo que escogió el
Señor para herencia suya.* Es la santísima Virgen madre de los
escogidos; y con razon se tiene por una de las mas seguras se-
ñales de predestinacion el ser verdadero devoto de esta Señora.
En todos los santos se reconoció esta señal; el profundo respeto y
la amante ternura que le profesaron fué uno de los rasgos de su
retrato; y en los mas su distintivo y su carácter. La herejia es
la única que nunca pudo mirar con buenos ojos á la que que-
brantó la cabeza del dragon, disipando y destruyendo ella sola
todas las herejías, como canta la Iglesia: *Sola interemisti.* ¿Qué
se puede pensar, exclamaba en el siglo pasado el modelo, por
decirlo así, de los oradores cristianos; qué se puede pensar de
aquellos ingenios, prontos siempre á escitar dudas sobre las
grandezas de la santísima Virgen, y sobre sus mas ilustres pre-
rogativas? ¿qué se puede pensar del que aplica todo su estudio
á turbar la piedad de los pueblos, intentando únicamente ceñir-
la y estrecharla con todo género de metafísicas y sutilezas, y des-
acreditando las devociones mas antiguas? Acaso tira á aniqui-
larla, en vez de trabajar en propagarla y en estenderla. Pues
qué, ¿será posible que entre los cristianos nos hemos de ver

reducidos en estos tiempos á la triste necesidad de defender el honor y el culto que toda la Iglesia católica estaba en derecho y en posesion de rendir á la santísima Virgen? Despues que los primeros hombres de nuestra religion agotaron sus ingenios en publicar las grandezas de la Madre de Dios; despues que desconfiaron de hallar voces proporcionadas á la sublime elevacion de su estado; despues que S. Agustin confesó su insuficiencia, protestando que le faltaban espresiones para tributar á la Emperatriz de los ángeles las debidas alabanzas: *Quibus te laudibus efferram nescio*; ¿se hallarán todavía algunos que teman alabarla con exceso, ó que se atrevan á decir que se la honra demasiado? Al paso que se iban corrompiendo los corazones con la mal disimulada apariencia de reforma, se ha ido refinando y adelgazando sobre la sencillez y simplicidad del culto. Al paso que la fe se ha ido debilitando y enflaqueciendo, se ha pretendido avivarla y purificarla por la soñada reforma de imaginarios abusos. Si se les hubiera consultado á estos impíos é indiscretos censores del culto de la santísima Virgen, nunca hubieran consentido en tanto número de fiestas instituidas en su honor; no hubieran votado por el infinito número de templos y de altares dedicados á Dios con el nombre de esta Señora; hubiérales chocado mucho toda esa variedad de devociones y de ejercicios piadosos, establecidos en la Iglesia para fomentar en los fieles su tierna devocion; y como se diese oidos al espíritu del error, presto serian enteramente abolidos. Pero subsiste y subsistirá el culto de la santísima Virgen, á pesar de los esfuerzos que despues de tantos siglos ha hecho la herejia para desterrarle. Nunca prevalecerán las puertas del infierno contra el zelo de los verdaderos cristianos. Vos, ó santa Madre de Dios, sois aquel escollo en el cual se han estrellado todos los errores, y vos lo sereis perpetuamente. Vos sola triunfasteis de todas las herejías. Apenas se ha levantado alguna en el cristianismo que no os haya tirado; pero ni una sola se hallará que vos no hayais confundido: *Cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo.*

El Evangelio es del cap. 11 de S. Lucas.

En aquel tiempo, hablando Jesús á las turbas alzó la voz cierta mujer de en medio de ellas, y le dijo (á Jesús): Bienaventurado el vientre que te

levó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antea bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

De la devocion á la santísima Virgen.

PUNTO PRIMERO. — Considera que basta solo reflexionar y entender lo que significan estas dos palabras, *madre de Dios*, para profesar á la santísima Virgen una devocion afectuosa, un amor tierno, una veneracion profunda y una confianza filial que fomenta la religion, y nos inspira la Iglesia en todas sus fiestas. La Virgen es *madre de Dios*; luego fué inmaculada y santa su concepcion, colmada de gracias, adornada de virtudes, enriquecida con todos los dones celestiales, y ella sola mas santa que todos los santos juntos. Maria es *madre de Dios*; luego es reina del cielo y de la tierra, amada hija del Padre Eterno, esposa querida del Espíritu Santo, medianera entre su Hijo y nosotros; de manera, que cuando las inteligencias celestiales no son mas que siervos y ministros del Altísimo, solo Maria es elevada á la dignidad de madre del mismo Dios. Considera la autoridad que tiene una madre con su hijo, y la parte que la toca en su majestad, en su dignidad y su gloria. ¿Se privaria solo á esta Señora de aquellos derechos que comunica la naturaleza á todas las demás madres? Y siendo cierto que ningun hijo amó jamás tan tiernamente á su madre como el Salvador del mundo amó á la suya; ¿qué santidad, qué grandeza, qué majestad será la de Maria! ¿cuánto podrá su intercesion con su Hijo! ¿cuánto será su valimiento! ¿Se podrá racionalmente temer que el Hijo se dé por ofendido de que se ame y de que se honre á su Madre? ¿se podrá rezelar exceso ó demasia en amar y en honrar con ternura, con devota confianza á Maria, siendo madre de tal Hijo? Por eso la misma Iglesia, descubriendo todas las grandezas que se encierran en la gloriosa cualidad de madre de Dios, y queriendo despues tributar á Maria todos aquellos cultos que son proporcionados á tan sublime elevacion; agotadas ya las voces mas nobles y mas magníficas; apuradas las espresiones mas vivas y mas enérgicas para manifestar el respeto de que está altamente penetrada; teniéndolas por insuficientes; poco satisfecha de sus elogios, y desconfiada de encontrar términos proporcionados á su grandeza, esclama con S. Agustin: *Quibus te laudibus efferram nescio*. Fáltanme, Señora, palabras, y no hallo voces bastante-mente espresivas para dar á entender mi veneracion: *Quia quem cæli capere non poterant tuo gremio contulisti*. El verdadero motivo de mi insuficiencia, y de no serme posible alabaros ni hon-

raros como mereceis, es porque sois madre de Dios. ¿Comprendemos bien lo que significan estas dos palabras? Y si lo comprendemos, ¿será nunca demasiado lo que hiciéremos en honor de la santísima Virgen? ¿y será bastante todo lo que hagamos y digamos?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que hallando la Iglesia en el título de madre de Dios un objeto de veneracion tan digno de proponerle á los fieles, todavía descubrió en el mismo título otro motivo, ó por mejor decir, otro fondo de confianza que hacerles presente para su mayor consuelo. En el augusto título de madre de Dios se incluyen y se hacen patentes aquellos tesoros de gracias con que regala á sus hijos; por ese magnífico título hallamos en Maria una poderosa medianera con el Hombre-Dios concebido en sus entrañas; un asilo patente á todos los pecadores; una madre llena de ternura hácia todos los mortales; porque todo esto dice quien dice madre de Dios. Si; ser madre de Dios es haber dado aquella misma sangre que se derramó por nosotros en la cruz, engendrado el adorable cuerpo que sirvió de rescate al linaje humano, concebido en su vientre, y producido de la mejor parte de sí misma aquella víctima que aplacó la ira de todo un Dios irritado. Es haber alimentado con su leche, criado con indecible cuidado, y arrancádose con inesplicable dolor del Hijo mas amado del mundo, para verle despues enclavado en un madero. Es, en fin, haber consentido en la muerte de ese mismo querido Hijo por el amor de los hombres, y es haberle sacrificado á nuestra salud. En fuerza de esto, ¡qué maravilla es que los padres la den el título de Corredentora, y que digan con la Iglesia, que si se atribuye á Eva la perdicion del género humano porque presentó al primer hombre la fruta prohibida, no hay razon para negar á Maria una cooperacion especial á nuestra redencion; pues produjo aquel divino fruto que pendió por nosotros en el árbol de la cruz! ¿Quién podrá pensar que nos amase poco la santísima Virgen, y que se compadeciese poco de nuestras necesidades á vista de todo lo que hizo en beneficio nuestro? ¿y podrá tampoco imaginarse que no tenga en el cielo mucho valimiento con su Hijo aquella á quien este mismo Hijo estuvo tan sujeto y tan rendido mientras vivió en la tierra? Pide, madre mia, lo que quisieres, decia Salomon á su madre: *Pete, mater meum*; porque nada te puedo yo negar: *Neque enim fas est ut avertam faciem tuam*. En esto consiste la omnipotencia, por decirlo así, de Maria; no es independiente y absoluta como la de Dios, es omnipotencia de pura intercesion: *Omnipotencia su-*

plex; pero no es menos eficaz. Esta es la que reconocieron los santos padres cuando recurrieron á la Virgen en términos tan respetuosos y llenos de tan bien fundada confianza. ¡Oh, y cuánto perdemos, cuánto nos perjudicamos en tener un amor tibio y desmayado, en profesar una devocion superficial á la santísima Virgen!

Confiésolo con grande confusion, ó madre de mi Dios, y amantísima madre mia; la confianza que hasta ahora he tenido en vuestra bondad no ha pasado de mediana, porque ha sido muy imperfecta la devocion que os he profesado. Muévaois, Madre de misericordia, á compasion de este infiel, de este ingrato siervo, mi confesion y mi arrepentimiento. De nuevo me consagro todo y totalmente á vuestro servicio; dignaos recibirme en el número de vuestros humildes siervos.

JACULATORIAS. — Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres. (*Luc. 1.*)

Si, Virgen santísima, todos nos regocijamos indeciblemente cuando consideramos que criaste con la leche de tus virginales pechos á tu hijo y nuestro Salvador. Todos los corazones rectos y justos te aman ardientemente. (*Cant. 1.*)

PROPOSITOS.

1 Eran muy familiares á los mayores santos algunos ejercicios devotos en honor de la santísima Virgen; pero especialmente ciertas oraciones cortas y vivas, á modo de jaculatorias, que no se les caian de la boca, y las tenian impresas en el corazon. La de S. Atanasio era esta: Ruega por nosotros, ó santísima Señora, reina y madre de Dios. *Intercede, hera, domina, et regina, et mater Dei, pro nobis*. S. Epifanio esclama frecuentemente: A tus pies me arrojé reconociendo tu poder, ó Virgen santa, soberana princesa: *Advolver genibus tuis, ó Domina mea*. S. Crisóstomo repetía: Pide á Dios, ó celestial Señora, que nos haga santos: *Supplica Deum ut animas nostras salvet*. S. Basilio clamaba: Miranos, Señora, con ojos propicios desde la elevacion de tu trono: *Aspice nos de cælo oculo propitio*. S. Agustin tenia siempre en los labios esta oracion, que despues tomó la Iglesia de él: Sta. Maria, socorre á los miserables: *Sancta Maria, succurre miseris*. Cien veces al día acostumbra S. German repetir esta otra: ¿Qué será de nosotros, santísima Madre de Dios, si tú nos desamparas? *Si tu nos deserueris, quidnam de nobis fiet, sanctissima Deipara?* Virgen santa, prorumpia á ca-

da paso S. Bernardo, tú eres nuestra soberana, nuestra mediadora y nuestra abogada: *Domina nostra, mediatrix nostra, advocata nostra.* ¡O Virgen admirable, continua el mismo Santo, tú reparaste la pérdida de nuestros primeros padres, y tú vivificas su posteridad! *O Virginem admirandam, parentum reparatricem, es posterorum vivificatricem!* Escoge de estas jaculatorias la que mas te agradare; háztela familiar, repítela muchas veces al dia, y muchas tambien en cada hora.

2 Profesa una tierna y amorosa devocion, y ten una entera confianza en la santísima Virgen, recurriendo á ella en todas tus necesidades. No solo cada semana, sino cada dia has de hacer algo en honor suyo. Ayunar los sábados; rezar el rosario todos los dias; vestir alguna dóncella pobre todos los años; visitar todos los meses alguna iglesia ó capilla suya; rezar el *Ave Maria* cuando da el reloj; confesar y comulgar en todas sus festividades. Estos piadosos ejercicios cualquiera los puede hacer, y le merecerán mil bendiciones del cielo, como estén acompañados de una vida cristiana y arreglada. Dichosa el alma que despues de Dios coloca en Maria su esperanza. Dichosos aquellos que llenos de veneracion hácia el Hijo aprendieron desde su infancia á recurrir á la proteccion de la Madre; y por falta de confianza ó de devocion no se privaron de uno de los mas eficaces y mas poderosos medios que Dios nos dejó para salvarnos.

DIA VI.

MARTIROLOGIO.

LA TRÁNSFIGURACION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, en el monte Tabor. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN SIXTO II, papa y mártir, en Roma en la via Apia en el cementerio de Calixto; el cual en la persecucion de Valeriano siendo degollado alcanzó la corona del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES FELICÍSIMO Y AGAPITO, diáconos del mismo S. Sixto; GENARO, MAGNO, VICENTE Y ESTEBAN, subdiáconos, tambien; los cuales todos fueron juntamente con él degollados, y enterrados en el cementerio de Pretextato.

SAN CUARTO, padeció tambien con los santos mártires antecedentes, segun escribe S. Cipriano.

LOS DOSCIENTOS MONGES con su abad ESTEBAN, en el monasterio de S. Pedro de Cardaña del orden de S. Benito, en Burgos en España; muertos á manos de los sarracenos por defender la fe de Jesucristo, á los cuales los cristianos sepultaron en el claustro del mismo monasterio. (*Véase su historia en las de hoy.*)